

HISPANIA



HERMENEGILDO MIRALLES.- BARCELONA

N.º 5. - 30 ABRIL 1899

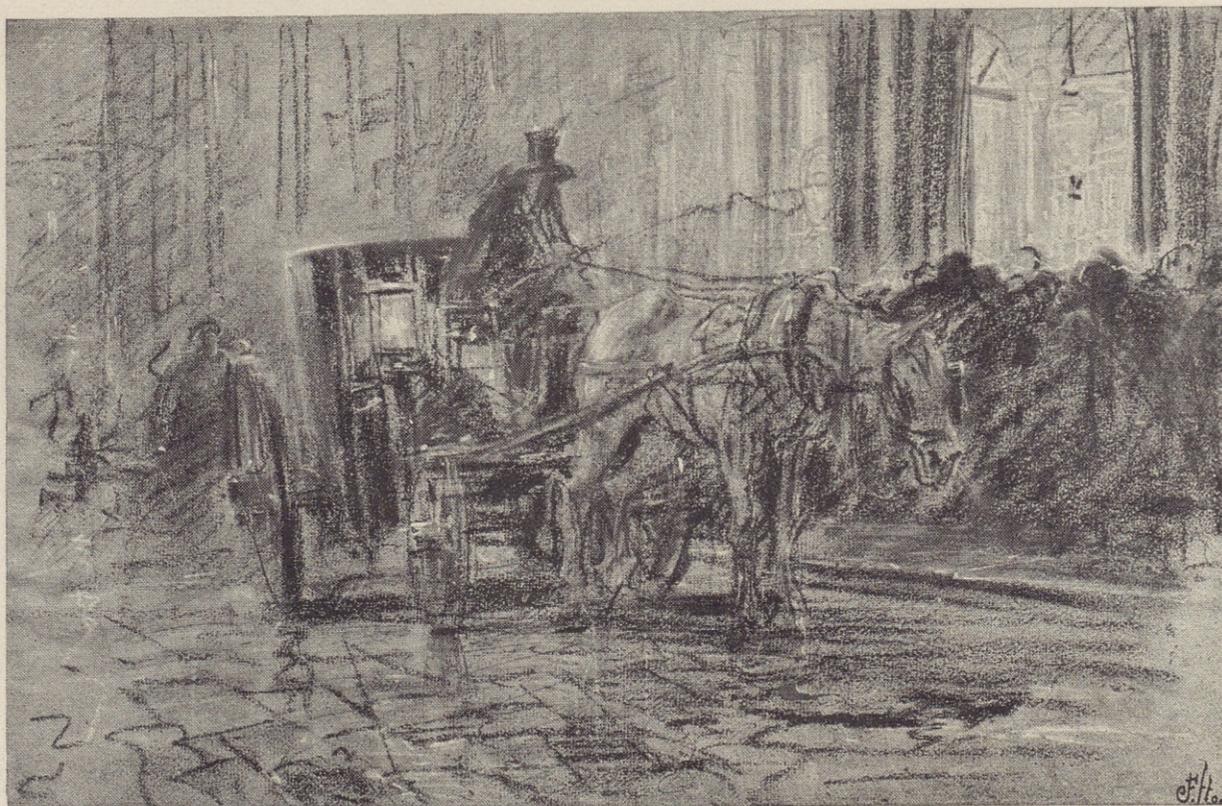
Bull

SUMARIO

PORTADA	por Brull.
APUNTE CALLEJERO	por J. Borrell.
GITANA GRANADINA	por R. Pichot.
POESIAS INÉDITAS	por E. Cotarelo.
PUERTO DE CANENCIA	por J. Morera y Galicia.
EL GUADARRAMA	por Rodrigo Soriano; ilustración de J. Morera y Galicia.
ALEGORIA	por J. Sorolla.
EL PISO	por J. Puyol; ilustración de O. Junyent.
PLÁTICAS DE FAMILIA	por R. Casas.

A NUESTROS LECTORES

De aquí en adelante, HISPANIA saldrá á luz quincenalmente, en vez de mensualmente, como hasta hoy. Nos ha movido á adoptar esta modificación el deseo manifestado en este sentido por muchos de nuestros favorecedores y de nuestros corresponsales, así como la convicción en que estamos de que haciéndolo de esta manera podremos dar mayor interés á nuestra publicación, abreviando el espacio de número á número. Para facilitar el éxito de esta combinación, hemos resuelto también reducir á 16 páginas las 20 que hasta ahora formaban la revista, reduciendo el precio del número á 2 REALES. Por lo demás, las condiciones materiales, artísticas y literarias de HISPANIA seguirán siendo las mismas, esforzándonos, conforme ofrecimos ya á nuestros lectores, en dar toda la bondad y variedad posibles á nuestros trabajos.



APUNTE CALLEJERO
COMPOSICION DE J. BORRELL



GITANA GRANADINA
COMPOSICION DE R. PICHOT

POESIAS INÉDITAS

No son muchas, ó por mejor decir, son rarísimas las poesías líricas que se conocen del célebre escritor dramático del siglo XVII y novelista, autor del *Diablo Cojuelo*, Luis Vélez de Guevara. Todo su ingenio y agudeza, que eran grandes, los empleó en su célebre novela satírica y en sus cuarenta comedias, que se distinguen por el rumbo, boato y tropel, como le decían sus contemporáneos; pero no sin que alguna parte de aquella sal andaluza suya, se perciba en tal cual poesía lírica que ha llegado á nosotros. Creemos, pues, que los lectores leerán con gusto el siguiente epigrama, hasta ahora inédito del autor de *La niña de Gómez Arias*, y que se halla en un tomo de varias poesías de la época. Con su encabezado y todo dice así:

« Por hallarse en necesidad Luis Vélez, *el Poeta*, envió á pedir á un portugués judío y muy rico, cincuenta escudos y él le envió *treinta* reales á lo cual escribió esta décima:

Por un papel en que os pido
dineros, necesitado,
con treinta volvió el criado...
¡ Notable número ha sido!

Pero, dime, fementido
tesorero de Israel:
mi mal escrito papel,
¿ qué talle ó fisonomía
de Jesucristo tenía,
que diste *treinta* por él?

Otro poeta famoso de aquel tiempo, fué el Padre Fr. Damián Cornejo, de quien algunos curiosos conservan una colección de versos, bastante impropios del estado de aquel poeta. La licencia de algunas composiciones es extremada, y aunque la libertad de la época pasaba por tales cosas, sin que las personas fuesen mejores ó peores que las de nuestros días, creemos imposible que puedan ver la luz pública la mayor parte de las composiciones burlescas del P. Cornejo, poeta por otra parte, muy agudo, fácil, ameno y correcto. Murió hacia 1660.

Elegimos entre sus poesías, hasta hoy no impresas, el siguiente « *Soneto á una dama beata que se llamaba Cruz y perseguía mucho á un fraile* »:

Cruz: si cristiano soy, ¿qué me persigues?
Cruz: si diablo no soy, dí: ¿qué me quieres?
Si yo soy bautizado y tú Cruz eres,
cuando de ti me escondo ¿qué me sigues?

Cruz: á que yo te diga no me obligues
Mi parecer y aun treinta pareceres;
No tan mal uses, Cruz, de tus poderes,
Porque haré que de mí, Cruz, te santigües.

Tienes de Cruz el nombre solamente,
Y sin razón á todos nos molestas;
Así que ha de llevarte es evidente

El demonio por otras y *por éstas*.
¡ Oh, quién le viera al diablo penitente,
Ir al infierno con su *Cruz* á cuestras!

E. C.





PUERTO DE CANENCIA
COMPOSICION DE J. MORERA GALICIA

Ilustración
J. Morera Gil

EL GUADARRAMA

III

(DIARIO DE UN PINTOR)

—¡Aquí! ¡Por aquí! ¡Mirad!—grita uno. Y nos dirigimos hacia una extensión azulada en que las patas de los caballos se escurren, y un anfiteatro de montañas de plata azulada se despierta á la luz blanda de la mañana, mientras que al otro lado los nubarrones feroces del cielo inundan de pliegues sombríos las montañas! Y luego graciosas incrustaciones de nieve, dijes primorosos allá, fajas guarnecidas de plumaje sedoso, mantos de blancura con pliegues clásicos más lejos, limpideces de concha junto á bárbaros *piornos*, tonos de acero empañados, pero de acartonada rigidez, castillos feudales en que la nieve dibuja torreones, catedrales rematadas por agujas finísimas, cresterías y alhambrescas labores, tracerías y rosetones, pirámides y machones, gárgolas y dólmenes, toda una historia de la arquitectura, hecha nieve. Abajo, el negruzco, lanudo y apelmazado rebaño de *piornos* como una piara en desbandada; aquí, más cerca, un misterioso camino en que las azules pisadas de caminante, ó de alimaña, marcan quizás una catástrofe ó una celada, caprichosos vericuetos de cabras ó de seres que por allí viven... ¡Qué sé yo! El caso es que cada resplandor de luz era para nosotros un espectáculo nuevo, y que nuestros caballos iban y venían nerviosamente y que ya cajas y pinceles rodaban por la nieve... Mientras, el lloroso paisaje, desbordando chorretones, desprendiendo como una lejía humosa ó un sebo sucio, se iluminaba ó apagaba según el Supremo escenógrafo quería.

En el *Puerto* las águilas lanzaban su magnífico y ronco graznido, saludando á la libre naturaleza y ofendiendo la pequeñez del hombre. ¡Las sentíamos revolotear sobre los peñones y remontarse luego en lo profundo y cárdeno del cielo, dueñas del mundo!

Aún sentíamos sus graznidos en aquella mansión, por ellas habitadas tan sólo, cuando entramos á descansar en un cobertizo llamado *Las Casillas*.

Habíanse juntado allí unos bueyeros y pastores.

Nuestra presencia les intimidó un tanto.

Las cajas de pinturas y demás trebejos no podían menos de hacernos sospechosos. ¿Seríamos dentistas, buhoneros ó *cosa de la justicia*? Les oíamos cuchichear por lo bajo y discutir y hacer aspavientos. Llamaron á nuestro guía, habláronle. Escuchábamos frases entrecortadas como de una conversación interesantísima.

— *Aluego*.— ¡ *Pus eso vale mucho!*

— ¡ *Di aquí aluego, lo venderá el señorito!*—decía uno.

— ¡ *Y si nus dan pa lo que se coman las granizás!*

— ¡ *Pús no m'atrevo!* Y ¿ *con qué pintan eso?*

¡ *Concho!*...

Por fin, uno de ellos se vino á mí derecho y me soltó esta pregunta:

— ¿ *Quisíea osté pintá los bueyes! Mielos que crectos?*

Junto á la puerta veíamos un enorme carro parado del cual tiraban dos cachazudos y huesosos bueyes.

— ¡ *Ya sabusté*—añadió receloso;— *quien lo hace lo cobra y fiata e la Virgen y no corras. Conque lo que se gane á partir... Y menudo nigocio!*

Yo miraba de hito en hito á aquel marchante guadarrameño, salido de las nieves como para recordarnos la esclavitud del arte. Sin duda, nuestro guía le fascinó con el valor que la pintura podría tener y ya el pobre serrano con-



taba con enriquecerse. ¡Fiaos de la inocencia! ¡Inocente era, sin embargo, suponer que la pintura da dinero en España!

— Pero ¡ hombre de Dios! ¿Y si no vende los bueyes?

— ¡Pús lo que dén! ¡Yo lo vendo! A partir.

Con que ¿le conviene usted ú no? Y véngase aluego, que cuando esté la cosecha d'aquí siete meses tendremos trigo... d'aquí luego verá usted las judías, coles y cebada verdear y entonces haremos negocio...

Se fué el buen hombre con su carro y nosotros no pudimos menos de convenir en que para la explotación del arte no hay clases. ¡Más honrado y franco era al fin aquel serrano astuto que los explotadores y marchantes con escapatrate puesto! Pero ¿quién se acordaba de esto cuando tan grandes emociones pictóricas nos espoleaban? De la mañana á la noche, subiendo y bajando por montes y riscos. ¡Con qué impaciencia aguardábamos el momento de clavar el bastón ó el tenderete en la nieve y pintar!

El Puerto Canencia nos enamoraba.

Pintamos mucho, recorrimos aquellos andurriales sin parar, y otros mas nuevos, como *Cabeza del Hierro* y los más conocidos de la Sierra, *Valle de Chozas* entre ellos, de nuevo *Cancho del Águila*, resguardado por hermosas selvas. ¡Un día contemplamos desde las cúspides de nieve el sitio en donde suponen algunos existe esa *fábrica de pulmonías* que almacena la muerte para enviarla á Madrid! ¡Sabed, madrileños, que desde esos torreones de nieve dispara el Guadarrama, todos los días, envenenadas flechas que acosan á la corte, que sorprenden al desabrigoado, esperan á la salida de los teatros, matan al *dandy*, se cuelan en los más abrigados salones y desdeñan las casas pobres, puestas á la intemperie!

Aquellas gigantescas ciudades de nieve en que habitábamos, si mal servidas de hoteles y comodidades, augustas y solemnes como eran, no conseguían aburrirnos, y eso que nuestra soledad era absoluta. Alguna vez, sin embargo, notábamos la ausencia de voces gentiles y de femeninas risas que alegraran nuestro desierto. Y hasta entreveíamos la buena chimenea, el último libro, el estreno, el caliente estudio. Tan sólo mujeronas hombrunas arrebujuadas en seis ó siete sayas, con más hojas que puede

tener una alcachofa, pasaban de cuando en cuando por nuestra ciudad, hoscas y silenciosas... Pero un día en que la tristeza nos embargaba ya y estábamos de un mal humor positivo, al regresar de lo más alto de la nevera, algo como pjar de avejillas tristes despertó músicas de otros días en nuestros oídos. En la fresca extensión de blancuras, descubrimos, acurrucadas como asustados gorriones, unas niñas que se calentaban á mortecina hoguera. ¡Eran sus pjos tan flacos y sus risas tan melancólicas en aquella soledad feroz! ¡Oh, sí! Nos supo á mieles aquel dulce encuentro de los infantiles habitantes de la nieve,

pálidas flores brotadas allí, entre el frío y los ventisqueros, marchitas en sus miserables andrajos gitanescos...

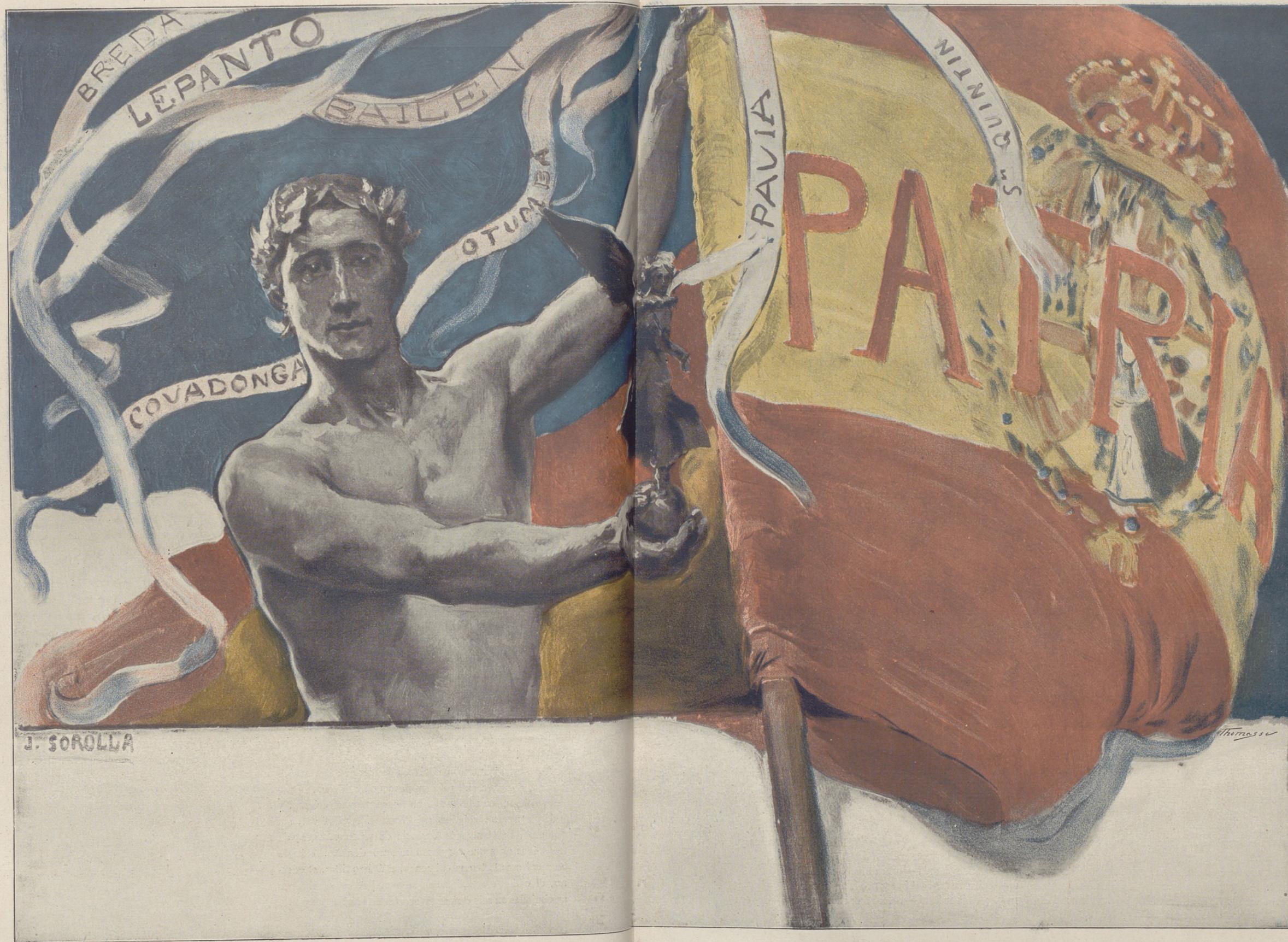
Su presencia nos alegró durante algunos días. Tomámoslas de *modelo*, pero las copiábamos con el temor de profanar tan delicada y oculta belleza...

Una tarde triste contemplamos por última vez el Guadarrama azul, torvo, preñado de nubes y meditabundo como siempre: un grito triste nos despertó de nuestros pensamientos. Eran las niñas que se despedían de nosotros, de nosotros que abandonábamos la sierra para entrar de nuevo en la capital temida. Habían subido á la cima y recogido de entre la nieve un montón de violetas. Era de esas violetas ásperas y fragantes, de penetrante perfume y color morado intenso, criadas á la sombra de los peñascos en el *tisú* de la nieve. Á su lado, las coquetuelas violetas de la Corte parecían cloróticas y mustias. Las pobres niñas temían hacernos aquel tan insignificante regalo.... Pero nosotros, ¡oh gentiles serranas, ninfas de la blancura, benditas seáis! nosotros acogimos con regocijo el regalado fruto de las nieves... Su perfume no se alejará de nosotros jamás... ¡Mustias flores, nunca moriréis, porque sois como la flor áspera y viril de las felices montañas donde Dios y el arte viven! ¡No os marchitaréis jamás, porque os cultivamos en

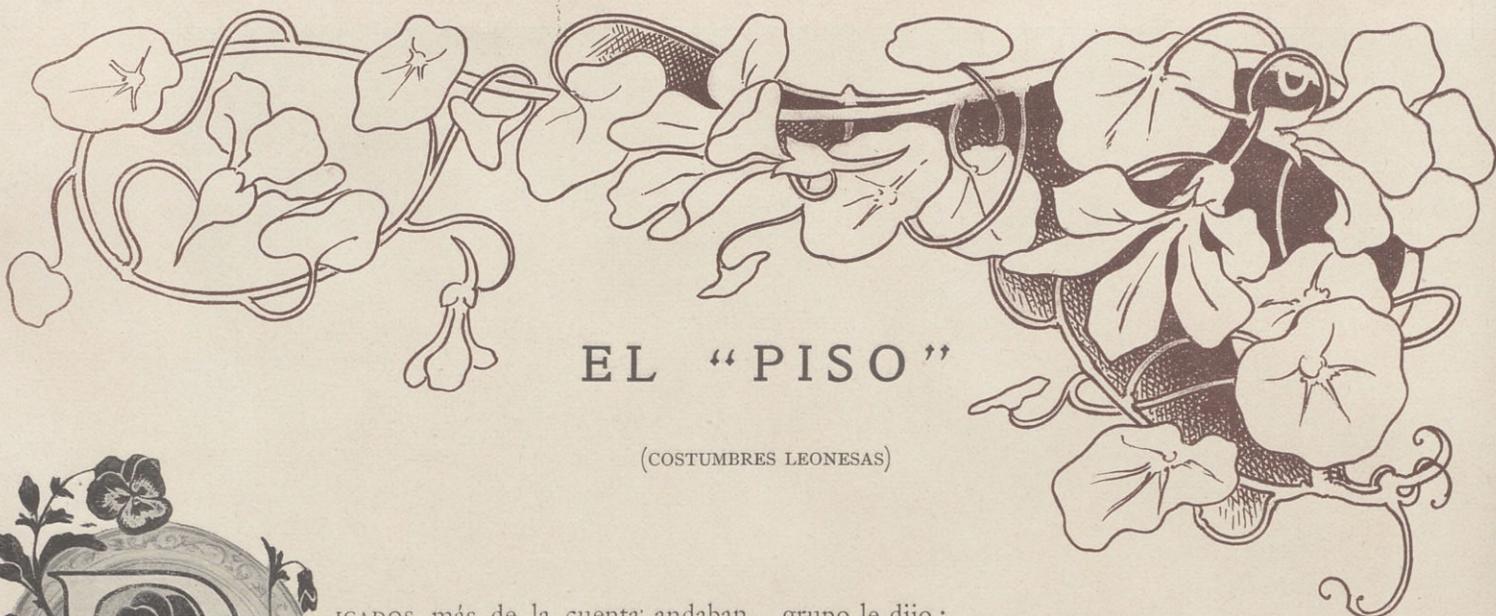
nuestro corazón, regadas con el llanto de los crepúsculos melancólicos, remozadas con el sol de los alegres días de la vida!»

RODRIGO SORIANO





ALEGORIA
COMPOSICION DE J. SOROLLA



EL "PISO"

(COSTUMBRES LEONESAS)



ICADOS más de la cuenta andaban los mozos de Barriales con el nuevo criado que *don Eulogio, el deputao*, trajo de Madrid: primeramente, porque era un fantasioso, un *mainate* que nunca daba, ni los buenos días, ni las buenas tardes, ni las buenas noches, aunque pasase al lado del señor Cura, y después (y esto es más grave), porque á poco de haber llegado á la aldea comenzó á cortejar á Bernardica, cuya fama de real moza era proverbial en todos los pueblos de seis leguas á la redonda. Claro que á ninguno de ellos le quitaban el sueño estos amores, si bien más de dos envidiasen la suerte del forastero, pero, en cambio, les importaba, y mucho, que durante tres semanas largas hubiera campado el galán por su respeto, libre y horro, sin hacer la más leve indicación de querer pagar *el piso*, segun costumbre antigua y siempre de todos acatada.

Lo que es de aquella noche no escapaba sin pagárselo; para eso se habían reunido al volver del campo y acordado en pocas y rústicas palabras lo que llamarán su *línea de conducta*, si no aciertan á tener la suerte, bendito sea Dios, de ignorar la frasecilla. Irían *de ronda* como todas las noches á tiempo que él estuviera hablando con la novia; y así que le echasen la vista encima ¡zás! le afrontaban resueltamente y asunto concluido. Era ya cuestión de honra y de vergüenza.

Dicho y hecho. Después del toque de oraciones salieron en pandilla, batiendo el parche del tamboril y atronando con sus cantares las solitarias calles del pueblo, y, á lo tonto, á lo tonto, fueron aproximándose hasta llegar frente á la casa de Bernardica. Allí estaban los dos: ella en la ventana, él en la calle, charlando á más y mejor y diciéndose sabe Dios cuantas ternezadas. Bernardica, cuando vió que los mozos recalaban en aquel paraje, cerró la ventana, dejando de improviso interrumpido el coloquio y al *madrileño*, (que así en el lugar le llamaban), con la palabra en la boca y un tantico sorprendido de la importuna visita; sorpresa que fué en aumento al advertir que los rondadores se le acercaban y que uno de ellos, de nombre Taguicos, alto como un castillo, adelantándose del

grupo le dijo:

— Santas noches.

— ¿Qué ocurre? — preguntó el saludado con aire de jaque.

— ¿Nus pués oír dos palabras... en paz?

— Y trés también; pero cuando uno está hablando con una mujer, *mayormente*, (estilo madrileño puro) se le debía *de* dejar hablar, aunque no fuera más que por prudencia, y guardar, *mayormente*, las palabras para luego: ¡digo, me parece!

— Como vimos que Bernardica trancó la ventana, por eso habemos allegao, — dijo el barrialense.

— ¡Esa mujer, (estilo *ut supra*) cerró porque os ha visto!

— ¿Porque la diá la gana, bobo.

— ¡Bobo lo serás tú! ¿sabes?

— ¡Ávate, no lo seas tú más!

— Y mejor fuera, añadió el madrileño, que echaseis por otro lado que venir sin *nesecidad* á jorobar al prójimo.

— Nusotros á naide jorobamos — replicó el mozo — porque la calle es de tóos.

— ¡Pues yo digo que sí jorobais, ea!

— Pus yo digo que perdones, home, — dijo Taguicos, — que no lo hicimos con malicia, y esto es ya mucho palrar, y vamos al auto.

— Pero, vivo, ¿eh? que tengo prisa.

— Bueno, — continuó el zagalón. Pus t'hablamos porque tú, si á mano viene, eres un mozo como yo, y como éste y como los demás que mus oyen.

— ¡Me parece! ¿Y qué hay con eso?

— Que, en siendo un mozo, naide pué'icirte naa porque rondes á las mozas, ¡qué cutre! que pa eso están, y si tú, pinto el caso, quiés á Bernardica, ¿eh? y ella te quié á tí, andai á la pá é Dios y que buen provecho vos haga...

— Pero, ¿qué es lo que *queris* decir? — interrumpió el madrileño impacientado.

— Home, pus á la vista salta, no t'hagas el modorro. Queremos decir que tú rondas á Bernardica y, como no eres d'este pueblo...

— ¡Anda la osa! — exclamó el cortesano.

— ¿Cuála osa? — preguntó Taguicos.

— ¡Anda la osa! — volvió á exclamar aquel — ¿y era

todo eso lo que me teniais que decir? De modo que, como yo no soy de este pueblo ¿no puedo hablar con la mujer que me dé la gana? ¡Tendría gracia!

— En queriendo ella, claro que pués hablar hasta que te descuajaringues, pero el toque está en que Bernardica es de Barriales y nusotros semos los mozos de Barriales y... entuavía no nus has pagao el piso.

— El *pi*... ¿qué?

— ¡El piso, hum, el piso! ¿ú yo no hablo en cristiano?

— Y ¿qué es el piso? si se puede saber.

Nadie imaginará, por mucho que discurra, gedeónica patochada capaz de producir iguales carcajadas á las que salieron de aquellas gargantas lugareñas cuando el enamorado mancebo hizo la pregunta. ¡No saber lo que era *el piso*! ¿De dónde venía aquel hombre? No podía menos de ser gabacho ó alguna cosa peor: sí; alguna cosa peor sería.

Amostazado el madrileño por una risa que juzgó lanzada con insólito descaro á sus propias barbas, dijo:

— *Me se* figura que me *querís* tomar el pelo, y lo que os digo es que no ha nacido el que á mí me lo tome.

— ¡No t'amontones, home!—respondió Taguicos con tono conciliador,—que náa t'habemos dicho hasta la presente que puá joringáte, y... ¡atiende, si quiés, ¡cutre! y no hagas esos paragismos, que paés el birriol De paz venimos y por tu bien es. Ascucha. ¿Tú quiés entrar en compañía con nosotros? ¿Tú quiés que no volvamos por aquí en siempre jamás, mientras y cuanto qu'estés palrando con la tu corteja? ¿Tu quiés que si vien algun mozo d'otro pueblo y te la ronda le carguemos de leña en sin dir al monte, pá que no se meta onde no l'importa? ¿Tú quiés que te guardemos las espaldas por lo que puá llover? Pus nos pagas el piso y alabao sea Dios.

— Pero ¿que es el piso?—volvió á preguntar el madrileño—porque, aunque para todo eso que has dicho me basto yo solo, me gustaría *de* saberlo.

— Home, el piso es una ú dos cántaras de vino pa tóos los mozos, y en cuanti que nus lo pagues, cata que ya eres como cualquiera de nusotros, ni más ni menos; y por mozo de Barriales t'hemos contar mesmamente.

— De modo, que si yo no os pago eso que decís ¿me vais á quitar de hablar con la novia?

— ¿Pus luego, cutre? Y entiéndelo bien, si quiés enténdelo, bobo. Las mozas d'un pueblo son pá los mozos del pueblo, que pa eso han nacido en el mesmo pueblo, y dicir á Dios que venga un forastero y corteje á una y se la lleve, asina de balde, ¡vamos, home qu'enrita! El que lo quiá que lo pague y, sinó ¡jopo d'aquí!

— Pero, puede suceder — dijo el madrileño con retintín — que al forastero no le dé la real gana de pagar ni una cántara, ni media ni siquiera *dier* céntimos pá un chico; y entonces ¿qué?

— Pus entoncias...—contestó Taguicos rascándose la cabeza,—vamos... no es más qu'una figuranza ¿eh?

porque naide pué ser tan roñoso que vaiga á embarrarse en una triste cántara de vino..., entoncias, sin ofender á naide, ¿eh?... dicimos una misa cantata á *San Benito Palermo*.

Al madrileño, nervioso y polvorilla como todos sus paisanos, se le acabó la poca paciencia que le cupo en suerte, cuando esta apreciable virtud hubo de repartirse entre los hombres, y dejando á un lado las razones... *tric-tric, trac*, tiró de una descomunal navaja de tres muelles, vil herramienta construida en Albacete, cuyas fábricas parece que trabajan en competencia, á fin de acreditar sus marcas en las tabernas y en los burdeles, en los presidios y en los Juzgados de instrucción.

— ¡Ea! ¡El que quiera cobrarme el piso que venga á buscarlo, si se atreve! — exclamó el valiente.

Quedáronse estupefactos los mozos, quienes en su vida habían visto arma semejante, pues en Barriales nunca se usaron otras navajas que las que sirven para los domésticos menesteres. Taguicos se retiró ocho ó diez pasos y cogiendo un *morrillo* ó canto rodado, (que bien pesaría sus cuatro libras corridas) y levantándole en alto, le dijo al madrileño.

— ¿Guardas la navaja ú t'estrello la sesera d'un cantazo. ¡Cutre, eso si qu'es una traición! ¡una mala traición, recutre!, ¡porque yo y estos no traemos con nusotros más que los puños; pero tírala y vien, si quiés, contra mi solo, que siempre que no te sorba las pueras entrañas que tiés ahí drentro 'l arca, me deajo hacer cachos!

Los demás mozos tomaron también una actitud hostil, y Dios, Dios solamente sabe á que punto llegara aquella zalagarda, si Bernardica, que toda la conversación había estado escuchando detrás de la puerta, no acierta á salir en aquel instante y á ponerse entre su novio y los barrialeses, suplicando á entrambas partes contendientes, con angustiadas y lacrimosas palabras, que hubiera paz y que no armasen camorra junto á su casa.

Los mozos en cuanto vieron á Bernardica ¡hicieron como que nada había pasado; cuchichearon un momento y volviendo á redoblar el tamboril



se alejaron de la casa. Al marchar cantó uno de ellos la siguiente copla :

Esta noche va á llover,
que la luna tiene nublo;
esta noche va á tronar
en las espaldas de alguno.

* * *

Cerca de media hora estuvo el madrileño hablando con Bernardica después del lance que queda referido.

Acabado el palique, despidióse de ella y se encaminó á su casa, no olvidándose, por supuesto, de *empalmarse*, por lo que pudiera ocurrir, pues la copla del mozo ¿á qué negarlo? le había dejado cierto amargor de boca. Y en verdad que no carecían de fundamento sus sospechas, pues al final de una calle le salió al encuentro Taguicos, diciéndole :

- ¡No se pasal!

- ¿Que no paso yo? - contestó el otro.

- Home, he dicho que no pasas, como aquí mesmo no nus pagues el piso.

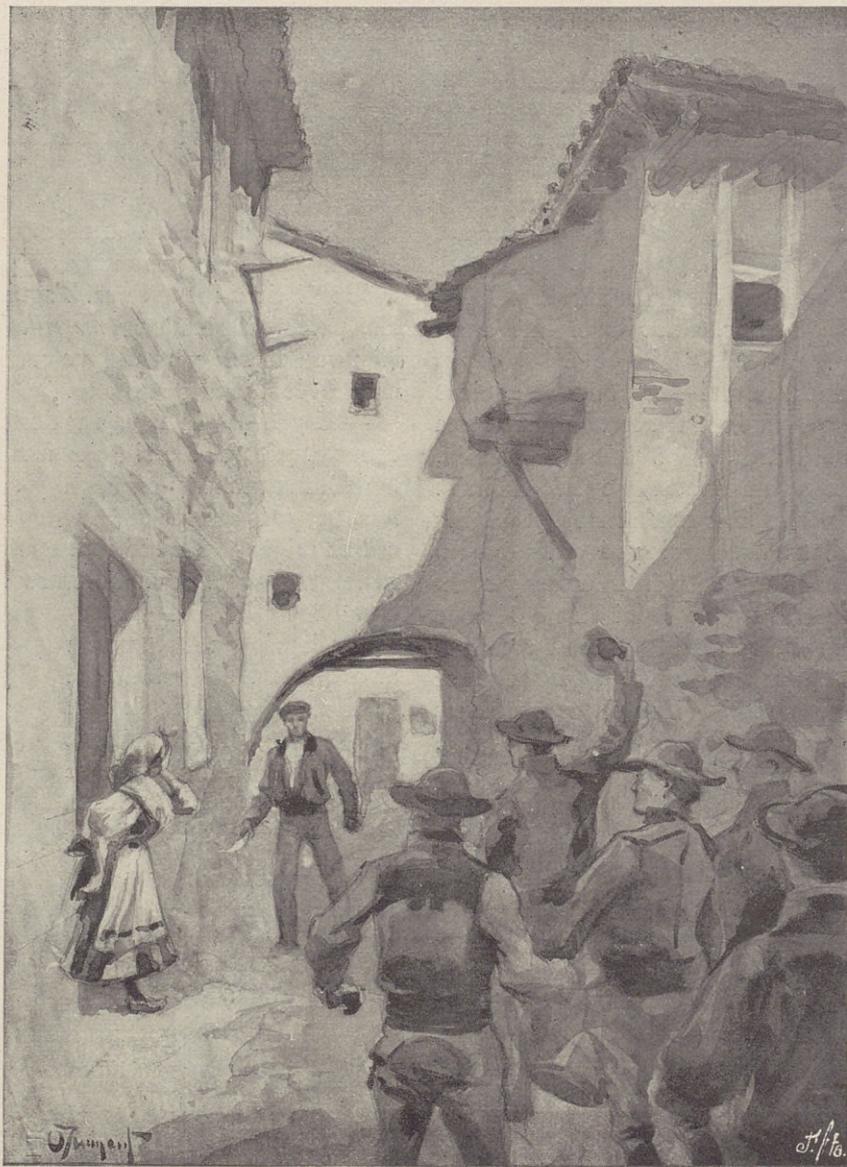
- ¡Ahora lo verás, aunque se pierda un hombre! Y diciendo y haciendo se arrojó, navaja en mano sobre Taguicos.

No se sabe que fué más pronto, si disponerse el galan á salvar la distancia que le separaba del mozallón ó caer como un sapo, dándose contra el santo suelo la más estupenda *zamarrada* que registran las crónicas de Barriales, y obra también de un instante fué verse rodeado de todos los mozos, que celebraban la caída con campesinas y por tanto estrepitosas risotadas.

¿Qué había sucedido? Pues nada; que irritados los mozos con los fueros del madrileño, decidieron *armarle*

la cuerda y, al efecto, provistos de una maroma fueron á disponer la burla á la desembocadura de una calle por donde forzosamente había de pasar para ir á su casa. Cuando le vieron de lejos, dos de ellos cogieron cada uno un cabo de la cuerda, cerraron con ella la calle, dejándola á una altura del suelo como de media vara y, manteniéndola en tensión, se ocultaron bonitamente detrás de las dos opuestas esquinas, de modo que del que venía no podían ser vistos. En cuanto á la cuerda seguro era que no la echara de ver el transeunte,

si se considera que los habitantes de Barriales no conocen otro alumbrado público que el de la luna, cuando hay luna. Los demás mozos se escondieron también y solo Taguicos quedó en campo abierto para entenderse con el forastero. El cual, en tierra y maltrecho, no se daba cuenta exacta de lo ocurrido, pero repuesto de la primera impresión de sorpresa comenzó á jurar y á blasfemar con espantosas palabras que salían de su boca, amasadas con espumarajos y acompañadas de un ferocísimo rechinar de dientes, capaz de infundir pavor en el pecho



más denodado. A tientas buscaba la navaja, que en la caída había ido á parar buen trecho de su dueño, circunstancia que no pasó inadvertida para Taguicos, quien así que la vió en el suelo la recogió y dijo :

- ¡No la busques, home, no la busques, que ya la atropé yo!

Tembló el madrileño al ver el arma en poder de Taguicos y, contándose con los difuntos, hizo un esfuerzo, se puso en pie, y, aunque renqueando un poco, dió señales de prepararse á huir como liebre seguida

de podencos. El mozo le sujetó, echándole al hombro una mano y en poco estuvo que al sentir la tenaza con férrea, enérgica, irresistible presión no diese otra vez con su asendereado cuerpo en el suelo.

— ¡Suelta! — exclamó con voz ahogada.

— ¿Te manco, hum!

— ¡Suelta! — volvió á decir aquel.

— ¿Eres de manteca, ú qué? ¡Paeces una mimbre en lo que tiembras! ¡Ganas m'están dando de arreáte un par de boleas, por traidor y pa que no güelvas en jamás de los jamases á sacar una navaja contra gente que vien de paz! Y, ¿sabes pa lo que va á servir esto? ¡Pus pa esto, mesmamente! — y apoyándola en la rodilla tiró de ella para sí con ambas manos y la hizo pedazos. — Ahora, cutre, — continuó Taguicos — vete con Dios y qu'escansas, pero el día que yo ú cualsiquiera d'estos volvamos á topáte rondando á Bernardica ú á otra moza del pueblo, t'estazamos como á un gocho y si traes navaja no faltará una escopeta pa cazáte. Y á santas noches.

El madrileño se quedó un punto pensativo y batallando con dos contrarios sentimientos, pues aunque la corajina le royese las entrañas, bien comprendió que debía estar en cierto modo agradecido á aquellos godos que, pudiendo haberlo hecho á mansalva, no quisieron darle ni una miserable coz, contentándose con la burla de la cuerda, en la cual burla si era verdad que estuvo á pique de dejar los sesos, tambien lo era que, sin duda por la intercesión de la divina misericordia, no los había dejado. Por eso, cuando vió que los mozos se disponían á marchar dijo resueltamente:

— ¡Taguicos!

— Me llamo — respondió este.

— ¿Cuánto vale una cántara de vino?

Taguicos le miró de reojo, y con un poco de socarronería, le contestó:

— Á ocho riales y cuartillo con la de cuarenta envasaron hoy los roblanos que vinon a'n cá Don Miguel.

— Pues ahí va un duro y que se compren dos cántaras, — dijo el otro dando á Taguicos la moneda.

— ¡Asina se hace, home, asina se hace!, y si llegas á hacelo endantes t'ahorras la sapada. Bueno. De aquí — agregó mirando el duro, — sobran... ..tres riales y dos cuartillos.

— Todo para vino, — contestó el galan, echando la casa por la ventana — y que os aproveche.

— ¡Cutre!, y á ti también va á aprovecháte, qu'ahora mesmo vas á venir con nusotros al hilandero y allá tenemos de bebélo y de bailar con las mozas enantes que se vaigan.

— Pues vamos.

— ¡Ale!

— ¡Viva la gala! — exclamó un mozo.

— ¡Vivan los mozos de Barriales! — voceó otro.

— ¡Y, que viva el madrileño! — dijo Taguicos.

Sonó el tamboril. Los mozos se pusieron en marcha llevando enmedio al recién venido á la pandilla, y se alejaron cantando á grito pelado coplas y más coplas, en cuya casi salvaje entonación adivinábase la alegría que les causaba á un tiempo mismo el triunfo obtenido aquella noche y la dulce perspectiva del vinazo.

JULIO PUYOL

Febrero de 1899



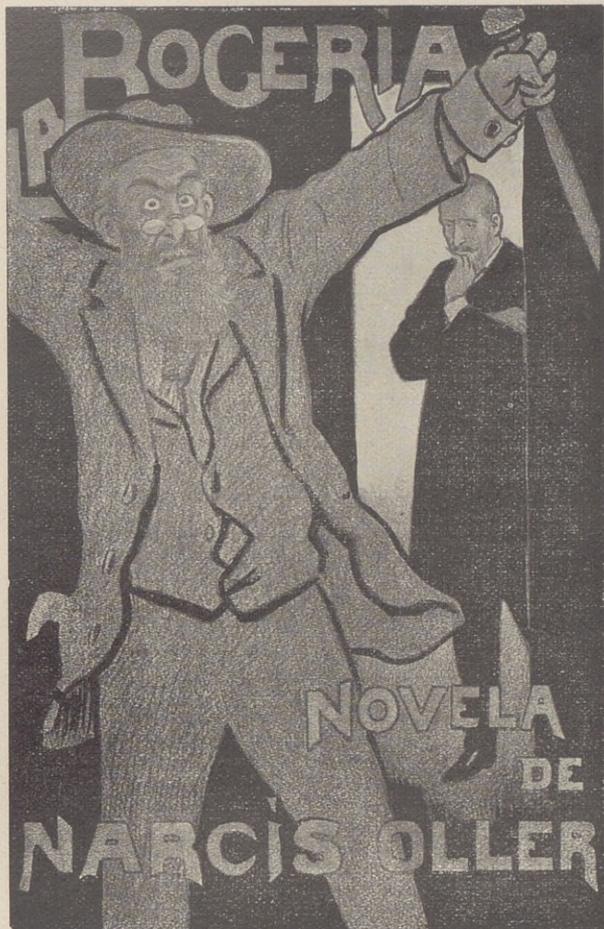
PLÁTICAS DE FAMILIA



— Siempre serás un perdido, Manolo...
— ¿Á quién se lo dices, hermana mía? Eso lo tenemos todos los de la familia en la sangre,
pero no todos podemos gastar buena ropa... como tú.

COMPOSICION DE R. CASAS

OBRA DE SENSACIÓ



Un hermòs tomo d'unas 200 páginas **3 PESSETAS** De venda en las principals llibrerías



OBRAS COMPLETAS

DE

PEREDA, D. José María

De la Real Academia Española

Se venden á 4 ptas. cada tomo en Madrid y Santander, y á 4'50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

- | | |
|--|--|
| 1. Los hombres de pro,
<i>con el retrato del autor y un estudio crítico sobre sus obras, por D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO.</i> | 8. Bocetos al temple.
Tipos trashumantes. |
| 2. El buey suelto... | 9. Sotileza. |
| 3. Don Gonzalo González de la Gonzalera. | 10. El sabor de la tierra. |
| 4. De tal palo, tal astilla. | 11. La puchera. |
| 5. Escenas montañosas. | 12. La Montálvez. |
| 6. Tipos y paisajes. | 13. Pedro Sánchez. |
| 7. Esbozos y rasguños. | 14. Nubes de estío. |
| | 15. Peñas arriba. |
| | 16. Al primer vuelo. |

— FUERA DE LA COLECCIÓN —

PACHÍN GONZÁLEZ, *Madrid, 1896. Un tomo en 8.º, 3 pesetas*

TIPOS TRASHUMANTES, *edición elegantemente ilustrada. Un tomo en 4.º, 5 pesetas*

DISCURSOS

leídos por los Sres. Menéndez y Pelayo, Pereda y Pérez Galdós, ante la Real Academia Española, en las recepciones públicas verificadas los días 7 y 24 de Febrero de 1897. Un tomo en 8.º, 2 pesetas

JIMENEZ & LAMOTHE

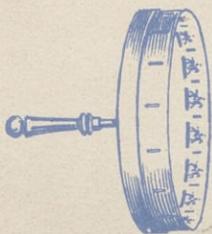
OLD BRANDY
COGNAC
PURO DE VINO



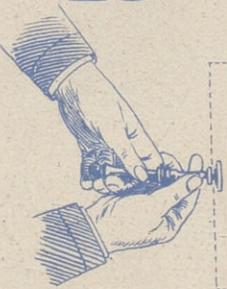
MALAGA
MANZANARES



DE VENTA EN TODAS PARTES



ANIMATÓGRAFO FAMILIAR



Ingenioso juguete que permite estudiar el movimiento de las personas y de los animales.

Los adultos admirarán en él una nueva aplicación de la fotografía animada, á los artistas les permitirá el estudio de varios movimientos y para los niños es un juguete entretenido é instructivo.



CON DOCE COLECCIONES DE FOTOGRAFÍAS INSTANTÁNEAS

Bailarina, Soldado, Caballo al paso, Caballo al trote, Caballo al galope, Caballo alta Escuela, Cabra Saltando, Elefante, Dromedario, Anade volando, Perro Danés al galope, Cigüeña andando.

Hállase de venta en las principales librerías y en las tiendas de juguetes al precio de

PRIMERA SERIE

Cuatro pesetas.

Se remite por correo certificado contra el recibo de 4'75 pesetas en sellos ó libranzas del giro mútuo.



A los corresponsales que pidan 4 ejemplares de una vez se les mandarán francos de porte.